

## EL PROCESO FORMADOR EN LA UNIVERSIDAD

Prof. Fernando Valenzuela Erazo

El proceso formador es el resultado de factores complejos que operan en mecanismos sociales de acción recíproca. La ciencia, la filosofía, la educación y la política son los causantes principales de dicho proceso. La Universidad en medio de ellos, pero también distante, juega un papel muy decisivo, se relaciona con ellas a través de su función crítica.

Aquellas son innovadoras, se nutren del cambio, se prolongan en el tiempo, representan la "conciencia insatisfecha" de la cultura y tienen un ingrediente valórico permanente, incluyendo a la ciencia a pesar de la conformación indicativa que hace de la realidad.

La pregunta de la ciencia como un humanismo tiene una respuesta afirmativa si se cuenta con la función crítica de la Universidad. Porque ya se ha dicho de la ciencia que apunta a una verdad interesada cuyo conocimiento tiene por fin el dominio de los fenómenos, distinto a los valores del puro conocimiento de la verdad.

La pregunta de la función crítica de la Universidad tiene una respuesta necesariamente compleja. Varias cosas están en juego: todas se remiten a la idea de proceso formador.

Todas las comunidades del mundo destacan complejas relaciones entre los individuos. Estas se decantan en ideas, criterios, conductas o hábitos que se dan con su tiempo histórico. Constituyen a la postre una forma rutinaria y cotidiana de mirar la realidad que se denomina la "opinio communis" de una sociedad organizada. Ella consiste en una manera de discernir de entre los distintos elementos de la cultura. Otorga unidad a la multiplicidad de los fenómenos sociales. Representa, evidentemente, algo más que la pura suma de los elementos de aquélla. No obstante, no es extraño que de la comunidad surjan iniciativas que la contraríen. Aunque ella no se niega a elaborar los planteamientos que abren otras posibilidades, como la de crear relaciones nuevas entre los individuos, mantiene en general un carácter conservador y prejuicioso. La "opinio communis", en efecto, tiene una función consagratoria, de monumentalización. Fija, limita y rigidiza el fluir rico y multivariado de la vida. En su aspecto positivo, acoge, decanta y conserva los hallazgos permanentes del proceso cultural que sirven de fundamento a la tradición y a la mantención de los valores culturales. En su aspecto negativo, la "opinio communis" presenta una resistencia a las tendencias innovadoras del cambio, de la búsqueda y utilización de otras posibilidades, a veces distintas de las que aquella consagra. Estas tendencias mantienen una relación antagónica con la actitud de la "opinio communis" porque propician posibilidades de creación de formas, diferentes a las que acredita el proceso histórico. La ciencia, la filosofía, la educación y la política son instrumentos

que tienen un elemento común que propicia el cambio. No es difícil demostrar que el concepto de "conciencia crítica" de la Universidad, la de ser "pensamiento crítico" o de "pensamiento anticipatorio" y otras denominaciones por el estilo, se vinculan muy estrechamente con este problema. En efecto, el ámbito universitario es el lugar donde se disputa la relación fundamental de lo nuevo y lo viejo, del antes y del después, del ayer y del futuro, de la tradición y la revolución. Por esto las relaciones que provienen de la vida espiritual universitaria, además de su valor diagnóstico, son, sin lugar a dudas, de una importancia decisiva para el desarrollo de la comunidad. Los países que entienden este fenómeno le otorgan especial atención a los factores educativos universitarios, a los que le asignan un rol decisivo. Son elevados a un rango de preferencia por sobre otros aspectos sociales, siendo su importancia comparable a las tareas nacionales que realiza el estado en sus actividades permanentes. En este sentido, la Universidad representa un lugar de excepción donde se hacen nítidas las alternativas de cambio, de aportes, sugerencias y posibilidades de nuevas concepciones de la vida humana. La aplicación de los logros derivados de estos planteamientos, al ser utilizados por la educación, interpretan con énfasis diferentes el sentido de la cultura y de las ideas que existen en el seno de la comunidad. Pero sabemos también que la Universidad no sugiere un sistema ya hecho, fijo y cerrado de relaciones humanas, sino abierto y variable. La sociedad recibe regularmente la interpretación que se hace del sentido de la realidad, incluso de aquella que subyace bajo la superficie de los fenómenos. Sociedad y Universidad mantienen una relación indisoluble. El término de común adaptación para definir esta relación —el de "estar inmerso"— ilustra esta situación pero en forma insuficiente. Porque la Universidad en su función crítica, requiere de una distancia, se da su perspectiva, aparece

a trechos como contraria a la sociedad, se "aliena" en el sentido hegeliano o se opone resueltamente a la "opinio communis". De aquí, entonces, la conveniencia de analizar la Universidad como un medio espiritual con características muy especiales, podríamos decir únicas como elemento de tránsito e instrumentos de análisis del acaecer social en su vinculación con la idea de proceso formador.

A partir de estas implicancias los fenómenos del desarrollo cultural pueden tener una explicación más adecuada que permite hacer entendible muchos aspectos de enorme importancia de la vida social.

Nuestra generación ha sabido infiltrar en toda su amplitud la doctrina de la Universidad como conciencia crítica, anticipatoria del mundo de los valores, del ser que está por realizarse, del cumplimiento del deber ser, etc. Dicha concepción reproduce la relación sociedad-universidad bajo una dialéctica inevitable, que no puede dejar de cumplirse. Pero también se mueve en el despertar de una nueva formulación de lo que hay que entender por conciencia crítica. Ella indica que todo anticiparse involucra también algo más que ir escogitando especulaciones, como si fuera sacando mundos y teorías bajo la manga. La conciencia crítica precisa de una alta responsabilidad que es, en último término, la de todo intelectual ante su comunidad. Porque, en su marco histórico, la tentativa de realización del ideal abandona la senda que indica el camino obvio, conocido y familiar, y transita por derroteros inciertos y desconocidos, su andar nos introduce en una acción que tiene todas las características de un comienzo, de un principio de ejecución vacilante, de un hacerse huidizo y no siempre accesible a los modelos tradicionales. En buenas cuentas, el ser conciencia

crítica es abandonar el proyecto de vida inmediato, dejar de lado la firmeza de lo conocido y ganado en el trato diario, que con tanta facilidad reproducen las prácticas de aceptación cotidiana. Se entrega a la búsqueda de lo nuevo, de esa dimensión conjetural importante que hace falta: la apropiación del ideal que demanda una realización de ser. El proceso formador se mueve ahora en el ámbito de lo posible, es un proyecto de vida mediato, último aunque igualmente urgente, que sólo se satisface en el cumplimiento de las exigencias finales del hombre, de la participación en la vida de los valores. Dejar de asumir una Universidad esta tarea es no reconocer el sentido mismo de la vida, es volver a la decepción que le produce a Sócrates el dios físico y astronómico de Anaxágoras, ante el olvido de las maravillas de la conciencia que le proporciona "el conócete a ti mismo".

El nuevo ámbito que le muestra la conciencia crítica tiene otras condiciones. Exige asumir la responsabilidad del cambio que le compete por igual al filósofo o al especialista, al que examina el mundo de la materia o al que está al servicio de las visiones del espíritu. Por una parte, aunque la concepción del cambio puede tener origen individual, enmarcada a veces en la creación personal, en su aplicación y en sus resultados compromete a todos, deviene en una empresa colectiva. En seguida, porque no es posible colocar a los individuos ante la insatisfacción permanente, la "revolución de las expectativas", cuando no a la desesperación de lo que se desea y no se tiene; hay que preparar, enseñar sobre el tiempo de espera y el tiempo de realización de los nuevos proyectos de vida. Nos falta algo fundamental que debe entregar el proceso formador: la responsabilidad de la conducción del fenómeno; ya que, seguir siendo conciencia crítica de la sociedad supone asumir el alcance que tienen las situaciones nuevas que derivan de este proceso de búsqueda y de formulación de esos fines reputados

valiosos. La conciencia crítica debe hacerse cargo de estos contenidos y también del "como" y de las consecuencias que acarrea el proyecto en su aplicación. La política, en su más alto sentido, como realización y cumplimiento de objetivos sociales, debe ayudar en esa dirección, al igual que la "paideia", como lo expresa el ideal platónico, entendiendo siempre la meta última del proceso educador como el fin ético del hombre, inestimable, eterno, aunque distante y esquivo. La historia universal, que enseña a ver, a descubrir y a mirar en torno, nos cuenta de pueblos enteros que respondiendo a un desafío común asumen esos ideales de cambio. En la orientación de estos procesos se presenta una tarea de enorme importancia para nosotros que, una vez asumida, no se puede abandonar. Esa función crítica hay que internalizarla, hacerla nuestra, que salga de nuestras manos, como legítima manifestación del quehacer universitario. Es una tarea mítica, en el sentido rico de esta expresión, en cuanto nos conecta con las grandes fuerzas interiores, nos apoya y nos asiste en la formulación de nuevos propósitos. Evidentemente aquí está el papel de la Universidad en su versión futura.

En su modalidad tradicional, el quehacer en torno a las disciplinas constituye una tarea a cargo de la Universidad ya consolidada y no resistida en nuestra civilización. No será extraño que el siglo termine en una plena convergencia del mundo de la historia y de las ciencias del espíritu con el de las ciencias naturales. Whitehead, el preclaro pensador anglosajón, cuya preocupación intelectual lo lleva de la ciencia a la filosofía, entiende la naturaleza como un proceso que está muy próximo a la concepción de proceso histórico de Dilthey. Este último no pudo avanzar más porque el desarrollo de las ciencias a principios de siglo no le permitían entrever en toda su amplitud un monismo científico de ambos mundos, separados hasta nuestros días.

La distinción de ciencias de la naturaleza y ciencias de la cultura está muy superada. En nuestra Universidad los programas de doctorado de 1946, que consideraban una historia de la cultura en oposición a una filosofía de la ciencia, en su formulación reciente, ya no recogen este estado de cosas y, por el contrario, consagran un monismo epistemológico, adecuado a esa convergencia de las ciencias.

Es interesante constatar que este proceso de unificación de la ciencia se produce en el mismo momento en que la conciencia crítica de la Universidad demanda también una mayor coherencia —y consecuencia— entre pensamiento y acción.

Ahora tenemos que interpretar de nuevo la acción pragmática de la Universidad, no desprovista de esa funcionalidad a que aludía Ortega, que no es trivialización de lo práctico, ni pugna con lo teórico. Hay que colocarla en el contexto que corresponda. Ha pasado mucha agua bajo los puentes, nuestra mente se ha inquietado o regocijado con los acontecimientos que transcurren en la pantalla panorámica de la conciencia contemporánea. Pero eso es un simple presentarse, lo que indica que no es bastante; debemos saber más de nosotros mismos, deslumbrarnos, preocuparnos, ser partícipes de los valores, cumplir con nuestras propias exigencias, asumir nuestra responsabilidad, volver a la genialidad del pasado, de Bello, Lastarria, Letelier. Enfrentar el futuro como un todo armónico, que reproduzca la coherencia calculada del Timeo platónico. De algún modo nuestra búsqueda debe acreditar lo que subyace en nuestro fundamento, y utilizar las bondades del saber. En esta labor probablemente las limitaciones que se presentan no pueden ser removidas del todo, o quizás en absoluto, pero de cualquier manera tenemos que cobrar conciencia de la cuali-

dad privilegiada de la Universidad para cumplir ese propósito, que es la de pertenecer al espíritu y la de ser libre para realizarlo.

Existen intentos de solución que no han tenido presente estos factores. En la idea que el pensamiento ya estaba hecho y en el llamado a la acción sin derrota ni claudicación que hizo el marxismo, se creyó en el singular modelo de un hombre sin creación, que no se busca porque ya se encontró, que no se hace porque su proyecto está hecho, sólo debe aplicarlo. Incapaz de crítica, de contradicción, para liberarnos en lugar de ideales depositó en nuestras manos la violencia. Es el desesperarse ante la ausencia de razón. Porque el camino de la violencia levanta los infaltables tropiezos insolubles a la conciencia solidaria. Repugna además de sí misma ya que se le niega al hombre su capacidad de conducirse por el ideal y contraría de los sentimientos nacionales. Y, sin embargo, el crecimiento no requiere ninguno de estos paramentos artificiales.

La falta de coherencia y la ausencia de una conciencia crítica, como responsabilidad del cambio, se ha notado de modo apreciable en la orientación política. Para lograrlo, en ocasiones se ha pensado suficiente el contrariar la "opinio communis". De este modo se da salida a toda clase de expectativas, las que, al ser imposibles de cumplir, han generado problemas mayores de los que trataban de resolver.

Debido a la ausencia de esa responsabilidad de la crítica, que examinamos, ha fallado, en su estrato sociológico profundo, el proceso de formación de la voluntad política.

En toda su complejidad, la vida social contiene fuerzas y tendencias que son la expresión de sentimientos, voluntades, etc., que representan cambios de carácter definitorio de la so-



ciudad. Su origen se encuentra en una actitud crítica a la tradición que consagra la "opinio communis". Determinadas tendencias históricas mueven una voluntad capaz de dominar prioritariamente el fenómeno humano. Es una voluntad que se presenta como un factor gravitatorio constante de la vida social, que se fortalece en algunos grupos de individuos, cuyo deseo es imponer en la sociedad los nuevos esquemas de vida. Sin embargo, esta voluntad puede que no exprese la madurez de un proceso formador. Encarna sólo un sentimiento particular, que puede, es cierto, constituir en ciernes un hallazgo, una nueva voluntad, una forma de realización del proceso histórico, capaz de trascender desde las situaciones concretas que ellos enfrentan hasta los ideales o intuiciones esenciales, que el hombre tiene de sí mismo y de su entorno. De aquí nacen movimientos convergentes, intencionalidades que pueden aproximar a los individuos a un objeto de acción humana común. Este sentimiento fortifica de un modo expreso el trato con los individuos y lo vincula directamente con la idea de realización de los valores. Pero su "realidad política" debe consagrarla el proceso histórico subsecuente.

Hay en la formación de la voluntad política algo indispensable que el hombre requiere para su vida. No obstante, no siempre es fácil reconocer en ellas los factores idóneos para alcanzar niveles de armonía en la comunicación humana. Es cierto, induce a cambio, a nuevas prácticas y actitudes fundamentales, pero pueden llevar un sentido destructor en la medida que pretende una innovación que no ha sido suficientemente afianzada en la relación social. Porque es inútil adelantar la historia. Si el proceso formador no está preparado para acoger el cambio, las acciones propuestas derivan en algo distinto, no querido ni pensado por sus autores. El infierno está pavimentado de buenas intenciones. Los factores negativos que se producen en el cambio deben ser examinados crítica y anticipa-

toriamente por la Universidad, para que ésta cumpla su rol de orientación y de canalización de los fenómenos de la vida social. La Universidad presenta algunas limitaciones en el tratamiento de las materias que generan el proceso de cambio, originadas probablemente por la tendencia acendrada de pensar la realidad en forma puramente conceptual. Ahí se piensa que el trato del hombre con la realidad es un proceso de búsqueda de la verdad que se transforma a trechos en una actividad racional, puramente ordenadora y sistemática.

No obstante, el aspecto afectivo y emocional, tan decisivo y permanente de los fenómenos en la vida comunitaria, no puede dejar de ser considerado en la sociedad. En efecto, es fácil de reconocer e identificar el sentimiento en la raíz de las grandes visiones del hombre, en las objetividades últimas que decanta la vida; su mérito notable se destaca porque su presencia descubre en toda su pureza los elementos unificadores y cohesionadores de las manifestaciones espirituales: allí, en fin, bullen en conjunto, con urgencias propias, los valores participables de nuestros nacionales que se identifican entre sí por actitudes comunes orientadas a una jerarquía de valores que postulan una manera de ser y de preferir uniformes, que nos hace estar de acuerdo —o en desacuerdo— con el acontecer del diario vivir. La Universidad debiera otorgar a estos aspectos una importancia prioritaria.

El aspecto de preferir, tan vinculado al juicio práctico de las cosas, presupone una orientación de la cultura, de la educación, que reflejan en último término las opciones del individuo frente al valor. Ellas se traducen en conductas de amor y odio, de que tanto conocen las pasiones políticas, cuyo fundamento tiene su preparación y elaboración en la conciencia histórica. La Universidad propicia y fecunda esa conciencia pero en un sentido puramente gnoseológico, como teoría del saber, despreocupándose a veces de su alcance ético. Luego, es de plena

conveniencia que la Universidad se pregunte por el sentido ético de estas reacciones. La misma crítica debe destacar con mayor interés lo negativo de los fenómenos humanos para remediarlos. Al parecer hay una manifiesta limitación en nosotros para propiciar los sentimientos o valores positivos. De aquí surge una nueva pregunta que indaga por las razones o circunstancias por las cuales somos tan proclives a no manifestar o aprovechar los afectos positivos que se presentan en la situación social y a aceptar los negativos. Este rol de la Universidad, ignorado hasta la fecha, es decisivo, sin embargo, por los efectos que puede producir. Las más de las veces el silencio que se guarda frente a estas cuestiones tan fundamentales, desorienta a los más, inhibe a todos y hace que el punto de equilibrio de los factores en juego se torne cada vez más favorable a los elementos negativos. No hay que olvidar que estas situaciones se generan cuando la "opinio communis" empieza a debilitarse; se produce un desajuste del mundo real que tenemos a la vista, en beneficio del mundo irreal de que nos frecuenta, de nuestros sueños y expectativas que empiezan a tomar cuerpo. Es el choque inevitable, y por demás siempre presente, del principio de realidad con el principio de placer, en la tentativa de este último de tratar de zafarse del primero.

Cuando no se logra la armonización de ambos principios tenemos el camino abierto, la puerta ancha para el desarrollo de las situaciones sin salida, la de los escépticos, de los que siempre cumplen una faena eficaz como factores de una acción disociadora persistente que debilita los sentimientos más poderosos de apoyo y solidaridad que habitualmente surgen en los individuos. Los mecanismos de justificación tienden a desaparecer y la oposición a este enemigo se hace cada vez más débil.

Se hace necesario apoyarse en las potencialidades espirituales de la persona. Aunque parezca extraño decirlo hay que

recrear desde sus comienzos, en forma originaria, la experiencia personal y humana de ser persona en su sentido más generoso. Decirlo de nuevo en pleno siglo xx, a pesar del fervor de las humanidades para expresarlo y reproducirlo en cada oportunidad, en el alcance vital que tiene para el ser humano. Su escaso resultado se produce porque se olvida el sentido de lo que representa ser persona, que es algo más sencillo y poderoso de lo que se piensa. Es la noción soberana basada en el sentimiento que tenemos de formar parte, reasumiendo el ser en su originalidad, la de ser capaz de mirar, de ver lo que está ahí, en estrecha relación con los otros seres humanos, concretos, existentes, y no meros objetos, ideas o entelequias desvinculadas de la vida: es una relación de ser que no nos disminuye ni anula sino que amplía y engrandece el horizonte de nuestras perspectivas. Es una orientación de simpatía que nos embarga y nos impulsa en una dirección que propicia todos los mecanismos solidarios. En esta proximidad se vuelve al sentimiento de totalidad; surge la idea de estar en relación con, de ser corresponsable con otro, al que puedo ayudar y aliviar en su penuria diaria. Este mecanismo define el deseo de no querer estar aislado —elemento negativo que hay que evitar— y se tiende a una conexión, a una forma de enganche hacia una totalidad espiritual. Este sentimiento que tratamos de caracterizar en general y al que atribuimos un valor positivo, debe considerarlo el proceso formador tratando de propiciar esos sentimientos constructivos en los individuos que llevan a esa totalidad del ánimo.

La responsabilidad de la crítica no puede dejar de considerar a la tecnología. En la actualidad lo negativo de la tecnología se nos hace presente como la claudicación de la inteligencia ética

en favor de otro tipo de inteligencia que la Universidad ha ayudado a desarrollar en desmedro de la primera. Si se examina, por ejemplo, la dramática observación que formula Heidegger, relacionada con la liberación de la tecnología, del propósito humano, que de estar en nuestra mano, dispuesta al servicio de nuestra voluntad para el dominio de la naturaleza, de pronto presenta un trazo negativo, imprevisible, cuyo sentido ya no es grato a nuestra vida: no está más dispuesta, se independiza de la acción del hombre, amenaza con interferir en el destino humano con designio propio. Es necesario rectificar y reorientar su alcance de modo de hacerla operante en el mismo sentido del interés del hombre. Consecuencia previsible que no se examinó porque hay un olvido de la función primerísima del conocimiento, más alta que ninguna otra. Aquella que consiste precisamente en su capacidad orgánica y estructural, podríamos decir privilegiada, de evocar al hombre, de vincularlo a los sentimientos de totalidad y realización de los valores.

Es interesante constatar que lo que se denomina habitualmente la plasticidad axiológica de la estructura normativa, en cuanto se preocupa de proporcionar a la sociedad la seguridad mínima para la realización de las relaciones humanas, el hacer posible la formulación de las grandes tareas de la comunidad es, en medida importante, el papel que le corresponde realizar el conocimiento humano. Allí aparece otra vez la tarea orientadora de la Universidad. La vinculación del pensamiento al interés real del hombre debe darse en una unidad armónica. Debe ser soportante de una plasticidad histórico-social que reproduzca el parentesco vincular de la cultura con la vida humana. Hacerla objeto de un mecanismo cualitativo excepcional de progreso integral. Gracias a su utilización la vida del hombre deja de ser sólo manejo cuantitativo de la realidad, manipulación y comunicación subliminal que se usa general-

mente en la fijación de los estados mentales y psicológicos de los individuos. Lo comprueba la fea utilización, puramente mecánica, de los medios de comunicación, de la propaganda comercial, que se desentiende de la orientación ética, de la incomprensión de los propósitos que inducen a una cohesión interna que permite mejorar los hábitos sociales y políticos.

¿Qué significa esta falta de armonía del conocimiento y la realidad? Es la disociación, la incomprensión de los roles propios que permite la surgencia de los factores negativos de la vida. Los efectos se sufren luego en carne propia, sin posibilidad de volver al cauce natural de los fenómenos. Lo que se produce en el individuo a la larga ocurre también en el todo social. El efecto de esta situación es la humanidad que se nos escapa, enfermedad existencial ocasionada por falta de autenticidad que, como dice García Lorca, nos hace sentirnos sin vida, como mero objeto, el de ser simplemente balcón y torre porque esto es, en último término, la vivencia que tiene el hombre al dejar de sentirse lo que es, el perder su identidad, caer en la alienación que transforma la realidad, haciéndola distinta, aniquilante.

No obstante, este efecto se presenta insensiblemente a través de pequeñas concesiones que van cambiando nuestro temple. No es la triste historia del que comete una acción intolerable que mueve hasta llegar a la locura por las culpas que ocasiona la acción realizada. Este es el sentido profundo de la tragedia griega. Se trata ahora, en cambio, de la claudicación diaria, del desgano, el desamor, que, es cierto, no lleva a espanto, pero que nos va dejando blancos, insulsos, sin contenido ni vitalidad, como si nuestro ser, la alegría diaria del vivir, se escapara de nuestras manos sin darnos cuenta, dañando el subsuelo irremplazable de nuestra propia existencia que se lesiona cada día sin notarlo.

Del ejercicio de la función crítica de la Universidad puede

encontrarse la solución, el punto de mediación de lo que representa la tecnología, de cómo debe ser reducida más de acuerdo a las aspiraciones y valores que tratan de realizarse en la vida humana. Es cierto que en esta formulación hay una suerte de incompatibilidad del ser del hombre y de las posibilidades de la tecnología. No es nuestro interés plantear un esquematismo ni mostrar una polarización entre la libertad siempre presente en lo humano, que fluye de su quehacer, y el determinismo de la tecnología y de la ciencia, con toda su cohorte de eficiencia y tecnicismo.

Lo importante de la acción universitaria es que ninguna acción determinística la agota, ella contiene siempre algo más, es titular de un substrato de visiones que lleva en sí, de implicancias de todo orden, reales o ideales, que no se explican a partir de los fenómenos que la anteceden. Porque el proceso formador, al igual que los contenidos valóricos, son creadores. Se presenta un proyectarse de lo posible, con elementos nuevos, que incluye no sólo lo que está aquí y ahora (*hinc et nunc*), no sólo hace comparecer a su presencia lo real y concreto que trata de imponer sus modalidades a la existencia, sino que trae algo más, de tanta importancia que de no reconocerlo ella dejaría de cumplir su rol decisivo. El proceso formador trae presencia la tarea de las generaciones en un nuevo estilo, en una interpretación propia de los valores que definen el marco histórico de dicho proceso.

En el fondo, el problema de la tecnología requiere de una reorientación que se resuelve replanteando la cuestión originaria. Tan simple como volver a preguntar por el nuevo paso que hay que dar en la acción que es necesario realizar para lograr ese objetivo. Se trata de lograr la felicidad del hombre, en su significación más simple y positiva, posibilidad que probablemente no contenga tanto esfuerzo e imaginación para darle sima y que, sin embargo, nos trae locos y sin poder resolverlo

adecuadamente. La tecnología debe ser reconducida a este objetivo y es necesario que las humanidades realicen aquí su trabajo. Por lo demás este es el rol de la Universidad siempre moviéndose en la esencia misma del hombre. También esta es la capacidad que debe mantener intacta la educación.

Directamente vinculado al proyecto de vida humana, la Universidad tiene necesidad de estar en condiciones de mostrarnos los objetos verdaderos, aquellos que apunten en la dirección de ideales verdaderos; no importa tanto que su objeto se conforme en el diario vivir o que resulte de las más exquisitas especulaciones de la ciencia o de la filosofía; lo decisivo de su característica es que sea capaz de orientar el proceso formador.

En este sentido, la Universidad muestra una intencionalidad, tiene una referencia; su preocupación apunta a algo importante que puede o no estar presente en el plano de la existencia. Lo esencial es que esa intencionalidad abarque un objeto que sea inductor del crecimiento espiritual del individuo. Todo proceso educativo es representativo de algo que ofrece las características de autenticidad que, como lo ha indicado acertadamente la concepción escolástica, el concepto de educación se plantea como un presentarse, traer a la vista, hacer explícito lo que está oculto, apuntar en la dirección adecuada, desenrollar lo que está envuelto. El concepto de educación no puede dejar de compararse con el de comprender y explicar. En efecto, en todo explicar o comprender hay también un descubrir, develar lo que está oculto. Hemos indicado en otra ocasión que no hay aparentemente una diferencia apreciable entre explicar y comprender, lo que se ocasiona por la circunstancia de ser común a ambos términos la idea de develar, hacer descubierto o explícito. Sin embargo, también



los historicistas han insistido con Dilthey a la cabeza que en el comprender tenemos algo más, un 'aditus', un agregado que no se da en la explicación. En esta última, el fenómeno se agota, por así decirlo, en una identidad plena de causa y efecto. La comprensión no llega a confundirse en esa identidad y, por el contrario, ella destaca una diferencia que es precisamente ese "algo" del efecto que no contiene la causa. Quizás no queramos entenderlo pero ese "algo más", que tiene notaciones mágicas, es lo propio de la Universidad, de la educación y que, en fórmula indescriptible, resume el proceso formador.

La dura tarea de la Universidad es que maneja la vivencia del ideal y la experiencia concreta, y de ambas debe hacer un esquema de vida para transformarlo en fenómeno educativo. O sea, la Universidad de algún modo trata de intuir de los grandes ejemplos de nuestra vida, de lo que decantan los sistemas formales del saber y de la ciencia, aquello que en nuestra preocupación histórica constituye la proyección del hombre, de su existencia.

Se trata en buenas cuentas de alcanzar las visiones permanentes, capaces de perpetuarse en contenidos objetivos que sean parte de la vida social. Sin éstas no hay educación, porque éstas son las que proporcionan la vivencia de la particular postura cosmológica en la que nos encontramos. Pero, por otro lado, también hay similitud con el esquema de los valores cuando se afirma de éstos —al igual que la educación— que deben trascenderse, formularse en una suerte de aparente negación de la realidad, actitud de rechazo que se niega a aceptar un mundo falsificado, mediatizado y no vivido auténticamente.

La educación se presenta simplemente como la necesidad impostergable de anulación de un mundo disociado, artificial, ya cumplido. Ella trata de alentar la vida nueva, de superarla y no limitarla, porque en ella pervive no sólo el sentido de lo

actual, de la experiencia histórica última, sino también el devenir.

En la acción simbólica de anulación del mundo la educación no tiene otra alternativa que ubicarse en el horizonte de lo posible. Allí descubre los objetos permanentes de lo que constituye su acción espiritual. Conserva la unidad con el pasado, la urgencia del presente y la trascendencia hacia los esquemas del futuro; la educación, al igual que la filosofía, es la vida profunda de la conciencia en el tiempo. Se identifica con el proceso de la vida; tiene que vivir auténticamente el pasado, hacerlo conciencia de sí, incorporarlo en el presente y proyectarlo hacia adelante, hacia el servicio de la mirada que le depara el futuro.

Pero la educación no es abandono de la experiencia concreta, no es atemporal, recoge en su interior el mundo de la vida, con el que labora y trabaja afanosamente.

La fantasía ayuda a la educación con posibilidades de representaciones múltiples, en una readaptación permanente a partir de las variaciones infinitas que le ofrece un tema. Pero hay algo que permanece, lo residual, lo que es invariante de la educación, definido como la esencia de su ser: el proceso de retener el pasado como tradición, redescubrirlo en lo que verdaderamente es, hacerlo conciencia de sí y preparar la generación del futuro. Esa es la esencia misma de la educación.

En efecto, para realizarla la educación debe examinar las posibilidades ideales de progreso, en cuanto visiones totales, condicionadas siempre a su tema central, la idea de hombre y la reconstrucción de la experiencia fundamental.

Esto no indica que la educación deba estar siempre en lo cierto porque ella, como la ciencia, también puede representar una concretización mal planteada, como lo destaca Whitehead.

De cualquier manera, la educación pensada como tenden-

cia de alcanzar una visión unitaria de su quehacer pide cuenta a las otras regiones particulares del saber. Para cumplir esto su mejor instrumento es la Universidad. El sistema educacional se destaca, entonces, preocupado por el desarrollo, la formación y culminación del hombre. Pero, insistimos, ella misma no es un hecho cumplido y agotado, sino una dirección del saber y de la vida misma, que trasciende siempre hacia nuevos horizontes.

En su pretensión básica, la educación aunque no lo tiene todo a la mano, reproduce la organicidad de un nuevo mundo pensado crítica y anticipadamente por la Universidad.

La misión fundamental de las universidades consiste primordialmente en conservar la suma de los valores humanos y al mismo tiempo en acrecentarlos y difundirlos; en consecuencia, tienen asignadas estas instituciones una triple labor: el descubrir, el preservar y el enseñar.

El carácter nacional y estatal de la Universidad de Chile con su creación hasta nuestros tiempos, resume y simboliza la decisión de todo un país por desarrollarse y progresar, autoimpundiéndose altas metas y tareas que generalmente resultan difíciles, y que son, sin embargo, alcanzables mediante el estudio y la investigación, proyectadas como herramientas de progreso a la comunidad, lo que se materializa mediante la docencia y la extensión.

La Universidad ha sido capaz de desarrollar una fructífera labor en esta área por ya 143 años; es, entonces, absolutamente legítimo el orgullo que hoy invade al recordario en esta fecha.